
DE TE FABULA NARRATUR.
UNA MIRADA NATURALISTA SOBRE LA
PANDEMIA

MIGUEL ÁNGEL CASTRO NOGUEIRA
LAUREANO CASTRO NOGUEIRA

IGUALES PERO DISTINTOS FRENTE A LA TRAGEDIA

La pandemia ocasionada por la rápida expansión del Covid-19 en el planeta, además de una tragedia, constituye una grave alteración de los precarios equilibrios de los que disfrutamos en situaciones de estabilidad y bonanza (individual o colectiva). De sobra conocidos, no hace falta detallar los graves efectos que han tenido para la salud pública, la economía mundial y la vida cotidiana de las familias y ciudadanos. Baste recordar el significativo incremento de la mortalidad, las altas tasas de hospitalización y el consiguiente colapso de los sistemas sanitarios, una gravísima recesión económica, la alteración de los hábitos sociales y el incremento de los síndromes depresivos y ansiosos, entre otros fenómenos. Desde Wuhan a New York, Madrid, Moscú, Ciudad de México, La Paz o Buenos Aires, la pandemia ha dejado un rastro de muerte y sufrimiento similar en todas partes.

Sin embargo, la observación detenida del proceso epidémico también ha puesto de manifiesto la diversidad de efectos, respuestas y disposiciones que expresan cada uno de los actores, estructuras o sistemas afectados. En el plano clínico, se han observado marcadas diferencias en la respuesta del organismo ante el virus, desde la (aparente) inmunidad hasta la fragilidad extrema, pasando por todos los estados intermedios de gravedad, incluidos los abundantes casos de personas asintomáticas. En el plano de las actitudes individuales, también hemos observado una diversidad sorprendente. Desde el temor extremo hasta la indiferencia, de la docilidad frente a las instrucciones gubernamentales hasta la más osada e irracional rebeldía, de la sensatez reflexiva e informada al más errático flujo de creencias absurdas y supersticiosas, y de la responsabilidad profesional al sálvese quien pueda.

Tampoco las instituciones sociales, políticas y económicas han respondido de la misma manera. Los ejemplos abundan. La fortaleza económica

de algunos estados ha permitido una respuesta más eficaz y rápida, un mayor desembolso de recursos sanitarios y de planificación estratégica, así como de ayudas a los grupos sociales más vulnerables. Otros estados, por el contrario, carentes de los recursos financieros y humanos necesarios, han visto cómo la enfermedad se extendía entre su población sin poder hacer frente a un desastre humanitario que ni siquiera son capaces de cuantificar.

Las diferentes tradiciones políticas tampoco han sido ajenas al desarrollo de la pandemia. La respuesta estratégica de los gobiernos y administraciones locales ha sido bien distinta si comparamos los países con fuertes estructuras democráticas —por ejemplo, los europeos— con aquellos caracterizados por regímenes autoritarios —Rusia o China— o populistas —como Brasil, y, hasta cierto punto, los Estados Unidos de Trump. En cuanto a las tradiciones o hábitos sociales, el resultado ha sido similar. Por ejemplo, la sociabilidad mediterránea parece haber facilitado la expansión del virus en el seno de grandes familias extensas y en el acontecer de una vida cotidiana marcada por los encuentros sociales. Por el contrario, las culturas con un fuerte componente individualista han disfrutado de cierta ventaja para atajar la extensión de la enfermedad.

MUTATO NOMINE DE TE FABULA NARRATUR

Desarrollar una respuesta eficaz a la pandemia resulta muy complejo, como estamos viendo, y supone la gestión simultánea y diferencial de todas y cada una de estas dimensiones (clínica, política, social, económica, etc.). Atender a un fenómeno poliédrico como el que nos ocupa, debe hacerse, además, considerando muy seriamente la condición humana, pues ella delimita, en buena medida, las oportunidades reales de nuestras decisiones estratégicas. Los seres humanos somos un reflejo de la diversidad, la uniformidad y el diseño teleonómico, no intencional y siempre oportunista, que muestra la vida tal como la conocemos (Monod, 1970). No se puede entender lo que está sucediendo con la Covid-19 si prescindimos de esos rasgos de nuestra condición biológica. Dicho de otro modo, el relato de los hechos, en toda su complejidad, sus luces y sombras, nos remite una y otra vez a la naturaleza humana. *De te fabula narratur*, en palabras de Horacio. La pandemia constituye, por consiguiente, una nueva oportunidad para pensar en ella y desde ella. El recurso al naturalismo no aspira a consagrar la naturaleza como modelo ético, sino a conocer nuestra naturaleza y su plasticidad como paso previo a la articulación de cualquier decisión política o estratégica. Creemos que una buena planificación exige un momento de reflexión serena y evolutivamente fundada sobre nuestra naturaleza (Castro, et al., 2016). Ignorarlo puede traer frustración y fracaso.

En lo que sigue, tomamos nuestra naturaleza cooperativa como un ejemplo de esa necesidad de conciliar lo que sabemos sobre la condición

humana a la hora de afrontar los problemas y buscar las soluciones que requiere la pandemia.

UN EJEMPLO: COOPERACIÓN, NATURALEZA HUMANA Y PANDEMIA

La pandemia ha vuelto a poner de relieve la importancia de la cooperación en nuestra especie. Nadie duda de su extraordinaria trascendencia en cualquier escenario cotidiano, mucho más en tiempos de estrés y enormes retos como los que estamos viviendo. Los ejemplos abundan. Poco tiempo después de conocerse la aparición de unos pocos casos de una neumonía vírica de origen desconocido en China, fueron secuenciadas las primeras muestras del virus, compartidas entre la comunidad científica y se inició la búsqueda de una vacuna. La OMS, con todos sus defectos y limitaciones, ha actuado desde el primer momento como institución internacional de referencia y sus orientaciones han marcado el consenso científico internacional. Los ciudadanos han cumplido disciplinadamente con el confinamiento más extremo y riguroso impuesto en tiempos de paz, al tiempo que el personal sanitario y el de los servicios esenciales ha desarrollado una actividad incesante bajo fuertes presiones laborales y de ansiedad.

Sin embargo, las prácticas cooperativas han coexistido con el comportamiento egoísta más burdo. Desde el primer momento, hemos presenciado cómo algunos distribuidores de material sanitario han aprovechado la ocasión para extorsionar a gobiernos y administraciones, cómo algunas naciones poderosas han acaparado la producción de fármacos o han comprometido por adelantado la producción de cientos de millones de dosis de vacunas que todavía no existen, y cómo algunos individuos han aprovechado la incertidumbre laboral y sanitaria para escurrir el bulto de sus obligaciones. El recurso al fervor nacionalista —el *America First* reproducido aquí y allá— nos ha recordado lo imposible que resulta dominar la pulsión egoísta que nos vincula a *los nuestros* antes que a ningún otro.

Nos encontramos así ante una cierta paradoja: nuestra tendencia a cooperar, que ha sido un elemento esencial en el éxito evolutivo de la especie humana, constituye un enorme recurso potencial ante situaciones como la de la pandemia, pero al tiempo puede mostrar una gran fragilidad ante determinadas pulsiones egoístas presentes también en nuestra naturaleza. Como cualquier otro aspecto de nuestra naturaleza común, la cooperación se enfrenta a contradicciones derivadas del diseño ciego y la economía de recursos que impone la selección natural. Una mirada evolucionista puede ayudarnos a comprender mejor las dificultades que las estrategias de cooperación deben afrontar frente a aquellos individuos y grupos de interés que pretenden subvertirla.

La evolución de la cooperación humana ha supuesto un largo proceso en el que los beneficios para los individuos cooperadores tuvieron que compensar las desventajas que ocasionaban la presencia de individuos

egoístas y aprovechados. Para que esto suceda deben darse ciertas condiciones (Nowak, 2006). Por ejemplo, la cooperación surgió primero en grupos familiares que compartían los genes que la promueven. Más tarde, para extender la cooperación a individuos no emparentados genéticamente fueron necesarias nuevas estrategias, basadas en la reciprocidad, capaces de frenar las desviaciones egoístas dejando de cooperar con los que no lo hacen y escogiendo como compañeros a los que sí cooperan.

En los últimos diez mil años, el crecimiento en tamaño de algunas poblaciones humanas hizo muy difícil el control directo del comportamiento de los otros. En vez de abandonar la senda cooperativa, la selección natural encontró una vía de continuidad introduciendo en nuestro cerebro una disposición favorable al castigo basado en la reputación. También se desarrolló una presión de selección en favor de la conformidad normativa, facilitando la adecuación del comportamiento individual al estándar normativo del grupo. Sólo así fue posible armonizar las pulsiones competitivas y cooperativas de los individuos. Estos grupos fueron acumulando tradiciones normativas e institucionales y acentuando una identidad definida, soportada por diferentes rasgos o marcas de clase. Es decir, se reforzó fuertemente el sentido identitario, la identificación intragrupal y el sentimiento diferencial frente a los otros.

Paradójicamente este *diseño evolutivo* que facilitó el triunfo de la cooperación dentro de grupos dificulta enormemente la cooperación entre naciones y sociedades. Sin embargo, la mirada naturalista puede ayudarnos a promover la cooperación identificando las limitaciones cognitivas y emocionales evolucionadas que afectan a las estrategias cooperativas. La cooperación sostenida entre grupos exige que se cumplan eficazmente las cuatro condiciones siguientes: a) La cooperación estable requiere un beneficio mutuo y equitativo de quienes cooperan; b) La cooperación descansa sobre la reputación de los cooperantes, por lo que resulta imprescindible que los actores colectivos cuenten con una reputación construida con veracidad y que la mantengan en el tiempo; c) Los marcos normativos y las instituciones sociales y políticas deben imponerse por igual a todos y cada uno de los actores individuales y colectivos, sin excepciones; d) La cooperación a gran escala debe procurar que los lazos emocionales e identitarios compartidos por los individuos y los grupos sean cada vez mayores.

¿Resulta posible satisfacer estas condiciones en el mundo contemporáneo? Pensamos que sí. La cooperación a escala global es un medio, no un fin en sí, y debe reservarse para aquellos objetivos que exigen ineludiblemente su intervención. Si asumimos que la filogénesis de la cooperación nos ha conducido por el sendero de identidades colectivas que compiten, parece razonable aprovechar esta circunstancia para promover una identidad colectiva que rebase las señas identitarias nacionales o étnicas pero que, al tiempo, sea compatible con las mismas. Hay buenas razones mora-

les, fácticas y estratégicas para aceptar los distintos intereses nacionales (o regionales) y proteger la diversidad cultural, así como las hay para mantener esas diferencias dentro de unos límites que no impidan la cooperación a escala global, sobre todo, cuando es tan necesaria como sucede ahora con la pandemia.

REFERENCIAS

- Castro Nogueira, L., Castro Nogueira, L. y Castro Nogueira, M.A. (2016), *¿Quién teme a la naturaleza humana? Homo suadens y el bienestar en la cultura*. Madrid: Tecnos, 2a edición.
- Monod, J. (1970), *Le hasard et le nécessité*. Paris: Editions du Seuil.
- Nowak, M.A. (2006), "Five rules for the evolution of cooperation", *Science*, 314 (5805): 1560–1563.